

LA MANO DEL ENFERMO  
POBRE

BIBLIOTECA ALESSANDRINA

¿Una vez sola? ¡Pero si yo he estado aquí lo menos tres veces! ¿Tres? Cinco... no sé. ¿Por qué os causa tanta impresión el hospital?

No tengo casa... No tengo a nadie...

Y luego, con perdón, gastar dinero (si es que se tiene) para procurarse un placer—reconozcamos que yo no lo haré nunca, porque los placeres míos no los compro con dinero—; pero, vamos, lo comprendo. Lo que no comprendo es que después del estrago, después del sufrimiento de una enfermedad, por añadidura se paguen las medicinas, el médico... Yo, por lo demás, no he tenido nunca que tomar a pecho las cosas llamadas placeres de la vida como las toman los demás; a no ser, este derecho de tener gratis la cura de las enfermedades que la vida me da.

Muchas, creo; mejor, sin duda.

Son la tarjeta de entrada; sin ellas no me hubieran recibido. Y debo también tenerlas muy buenas, a lo que parece; quiero decir, no pasajeras; porque... no están en el corazón; en el hígado, en los riñones, no están. Dicen que tengo echado a perder todo el organismo. Será verdad, pero no me importa; porque después de todo, si esto fuera verdad, no sería una gran perdición. La verdadera perdición es otra.

—¿Cuál?

¡Ah, queridos amigos, vosotros queréis saber demasiado! Al contrario de mí, que no quiero ya saber nada. Si he de deciroslo yo, cuál es la verdadera perdición, es señal de que no lo sabéis: será para mí; no es para vosotros. ¿Y por qué?

Yo, mirad, a los médicos que me han tenido en cura, no les he preguntado nunca de qué mal estaba afligido mi cuerpo, este pobre asno cansado que me lleva. Sé que le he hecho trotar demasiado, y por ciertos caminos, que a nadie habrá venido a la mente tomar. No digo más. Sólo me ha molestado, por esta razón, ser tenido por los médicos en el concepto de enfermo inteligente. La indiferencia, por mi parte, de saber el mal que me afligía, ha sido tomada por los médicos como muestra de confianza en su ciencia, ¿comprendéis? Me han visto siempre obediente echar fuera la lengua al menor requerimiento; gritar:

—*treinta y tres, treinta y tres*—cuatro, cinco, diez veces, soportando pacientemente la molestia de una oreja fría aplicada a mi espalda; abandonar mis miembros, como si no fueran míos, a los contactos demasiado atrevidos de sus manos bien lavadas, sí, pero, Dios mío, dedicadas al asqueroso servicio de todas las llagas humanas, y soportar los golpecitos fuertes de sus dedos a martillo, las punciones de sus jeringuillas y tragarme todas sus porquerías líquidas o en píldoras, sin quejarme nunca de náuseas o de fastidio, ni gritar:—*Dios mío, doctor, ¿qué es esto? ¡Qué amargo está, doctor!*—y así, pues, ¿quién más inteligente que yo? Un enfermo que alimente una confianza tan ciega en la ciencia médica, debe ser por fuerza, a juicio de ellos, inteligentísimo.

Dejemos este discurso. ¡Me da tanto gusto veros reír! ¿Qué decís? Pero no, acabemos; buen provecho os haga.

\* \* \*

Bueno, será... será porque yo propiamente no he sabido jamás qué gusto se saca de dirigir preguntas a los demás para saber cómo son las cosas. Os las dicen como las saben ellos, como les parecen a ellos. ¿Estáis conformes? Pues que os aproveche. Yo quiero saberlas por mí, y quiero que entren en mí como a mí

31077

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MONTERREY, MEXICO

me parecen. ¿Es que las cosas en sí, fuera de nosotros, tienen un modo de ser suyo, un sentido, un valor? El modo es mío, el sentido está en mí, el valor es aquel que yo les doy. ¿Y por qué debo aceptar el que les déis vosotros? Perdonad. No sabré jamás nada que me sirva a mí preguntándolo a vosotros, porque vosotros no podéis nunca saber sino aquello que os parece a vosotros. ¿Y qué gusto voy yo a tener en saber las cosas al modo vuestro? Perdonad.

Ahora bien; el verdadero mal, amigos míos, es que las cosas están hoy y para siempre, arriba, abajo y alrededor, con el modo de ser, el sentido y el valor que los hombres les han dado. Así el cielo, así las estrellas; y el mar y los montes, así, y el campo y la ciudad, las calles y las casas... Dios mío, ¿qué queréis más? Nos oprimen ahora y siempre por fuerza con el fastidio infinito de esta inmutable realidad convenida y convencional sufrida por todos pasivamente. ¡Las haría pedazos! Os digo que sentarse sobre una silla ha llegado a ser para mí un suplicio inaguantable. Para aliviarlo un poco, se necesitaría por lo menos—¿me permitís que lo diga?—que la pusiera así, mirad, a lo largo, y me montara en ella a caballo. ¡Es mucho decir! Pero, ¿cuántos se esfuerzan en romper la costra de esta común representación de las cosas; de sustraerse al horrible fastidio de los espectáculos acostumbrados; de despo-

jar las cosas de las viejas apariencias que ahora y siempre por costumbre, por pereza de espíritu, poderosamente se han impuesto a todos? Sin embargo, es raro que al menos una vez, en un momento feliz, no haya ocurrido a alguno ver de improviso el mundo, la vida, con nuevos ojos; entrever en una súbita luz un sentido nuevo de las cosas; imaginar en un relámpago qué relaciones insólitas, nuevas, impensadas, se pueden acaso establecer con ellas, para que la vida adquiriera a nuestros ojos vívidos, refrescados, un valor maravilloso, diverso, mudable. Ay de mí; se recae pronto en la uniformidad de los aspectos acostumbrados, en el hábito de las acostumbradas relaciones; se vuelve a aceptar el mezquino valor de la existencia cotidiana; el cielo con su azul de siempre os mira, pasada la tarde, con las estrellas de siempre; el mar os adormece con su habitual murmullo; las casas os bostezan por acá y por allá con las ventanas de sus habituales fachadas, y con el habitual empedrado se os alargan bajo los pies las calles. Y yo paso por extravagante porque quiero vivir allí, en aquello que para vosotros ha sido un momento de desorden, un reciente y breve estupor de ensueño vivo, luminoso; allí, fuera de toda huella habitual, de toda costumbre, libre de todas las viejas apariencias, respirando siempre de distinto modo a pleno pulmón entre cosas siempre nuevas y vivas.

Se me ha descompuesto el corazón; se me han consumido los pulmones; ¿qué me importa? Seré extravagante, pero yo vivo. No tengo casa, no tengo nombre. ¿Voy al hospital? Os ruego creáis que no he ido nunca allí por mí, con mis pies: me han llevado siempre allí los demás en camilla, privado de sentido. Me he encontrado allí, y me he dicho en seguida:

—¡Ah, héme aquí ya! Ahora, hay que sacar la lengua...

Y de pronto, voluntario y obediente, en vez de lamentarme, la he echado fuera al menor requerimiento, para salir pronto del paso.

¡Qué efecto tan curioso hace la cara del hombre—médico o enfermero—mirada de abajo arriba, estando acostado en una cama, cuando la véis sobre vosotros con las dos ventanas de la nariz salientes y el arco de la boca que va encima a un lado y otro de la bola de la barbilla! ¡Y cuando esta boca os habla, y véis arriba y abajo la habitación de los dientes, el piquito de en medio del labio superior y el principio del paladar!

Y aún sin oír aquello que la boca os dice, os aseguro que se pierde el respeto a la humanidad.

\* \* \*

Pero yo os he prometido hablaros de la mano de un enfermo pobre.

El proemio ha sido largo, pero acaso no del todo ocioso; porque así vosotros, al menos, no me preguntaréis ahora nada de aquello que os importaría más saber para conmoveros del modo acostumbrado, esto es, las noticias del hecho:

- a) quién era aquel enfermo;
- b) por qué estaba allí;
- c) qué enfermedad tenía...

Nada, queridos míos, de todo esto. Yo no sé nada de nada; no me he cuidado de saber nada, como acaso hubiera podido hacerlo preguntando a los enfermeros. Yo he visto únicamente su mano y no puedo hablar de otra cosa. ¿Estáis conformes? Pues entonces, comenzaré.

\* \* \*

Fué en el hospital en que he estado la última vez. ¡Pero no pongáis esa cara tan afligida de imbéciles, porque no os cuento ninguna historia triste! Entre el hospital y yo—aunque no pueda sufrir a los médicos ni su ciencia—he sabido siempre establecer dulces y delicadísimas relaciones.

Figuraos que este hospital de que os hablo tenía la exquisita atención hacia sus refugiados de impedir que el uno viese la cara del otro, mediante un biombito de una sola cara,

o más bien un bastidor al cual se fijaba con tachuelas en los cuatro ángulos una tela de algodón, cambiada todas las semanas, lavada, estirada y siempre blanca. Ciertos días, entre todo aquel blanco, parecía que estábamos en una nube, y con la benéfica ilusión de la fiebre, que navegábamos en el azul que entraba por las vidrieras de las ventanas.

Todo lecho, en la larga crugía luminosa, aireada, tenía al lado a la derecha la defensa de uno de aquellos bastidores, que no llegaban más que a la altura de la almohada. Así que yo del enfermo que estaba a mi izquierda no podía ver ciertamente otra cosa que la mano, cuando sacaba el brazo fuera de las mantas y lo abandonaba sobre la cama. Me puse a contemplar con curiosidad amorosa aquella mano; y de ella, poco a poco, me hice contar la fábula que os voy a decir.

Me la contó con señales—se entiende—, acaso inconscientes, que de vez en cuando hacía; con las actitudes a que se abandonaba, flaca, amarillenta, sobre la blanca colcha, ora apoyada en el dorso, con la palma hacia arriba y los dedos entreabiertos y apenas contraídos, en actitud de total entrega a la suerte que la clavaba como a una cruz en aquel lecho; ora cerrado el puño o por hondo espasmo repentino o por un movimiento de ira e impaciencia, al que sucedía siempre un relajamiento de mortal cansancio.

Comprendí que era la mano de un enfermo pobre, porque, aun cuando cuidadosamente lavada como la higiene en los hospitales prescribe, conservaba todavía en la amarilla delgadez un no sé qué de sucio, imborrable; que no es suciedad propia de la mano del pobre, sino más bien pátina de la miseria, que ningún agua puede llevarse nunca. Se descubría esta pátina en los nudillos agudos y un poco escabrosos de los dedos; en los pliegues internos cartilagosos de las falanges, que hacían recordar el cuello de la tortuga; en las rayas de la palma, que son, según dicen, el sello de la muerte en la mano del hombre.

Y entonces me puse a pensar qué clase de oficio habría ejercido aquella mano.

No en verdad oficio rudo, porque era delicada y fina, femenina casi, no deformada ni contraída por parte alguna, sino acaso un poco en el índice, que aparecía excesivamente desarrollado en la última falange, y en el pulgar, un poco replegado hacia dentro y desde el nudillo a la base excesivamente curvado.

Noté que a menudo este pulgar se apretaba contra sí, como por hábito, a la presión de la punta del índice, como si el enfermo inconscientemente con aquella presión se reintegrara a una realidad lejana y la tocara allí, sobre aquel pulgar apretado en esta forma; la realidad de su existencia, cuando sano. Acaso una tienda impregnada del tufo particular de las

telas nuevas, colocadas por piezas, con orden, unas sobre otras en los estantes y sobre bancos y en las vitrinas; un mostrador; una mesa de cortador con su paño extendido y dibujado y unas gruesas tijeras encima; un gatazo gris bajo aquella mesa; los obreros sentados en fila acá y allá, dedicados a embastar, a coser a máquina, y él entre ellos. No le era grata acaso esta realidad; acaso no estaba él por completo en aquel oficio suyo; pero su oficio estaba no obstante allí en aquellos dos dedos, en aquel pulgar que contra sí siempre se apretaba, después de tantos años, por costumbre, a la presión del índice. Y aquí, ahora, para él constituía una más triste realidad el vacío, el ocio doloroso de aquella sala de hospital, la enfermedad, la espera aburrida y llena de angustia, quién sabe, acaso de la muerte.

Sí, indudablemente, aquella mano era la de un sastre.

Por otra señal de la misma comprendí luego que aquel sastre pobre debía ser padre desde hacía poco tiempo, debía tener un hijito.

Levantaba de vez en cuanto debajo de las mantas una rodilla. La mano, antes inerte, se alzaba con los dedos temblorosos, y se paseaba sobre aquella rodilla en alto con una caricia circular, que no estaba ciertamente destinada a la rodilla.

—¿A quién podía ir dirigida aquella caricia?

Acaso se le representaba allí en la rodilla la cabeza de su hijito, que aquella mano suya solía acariciar; la amada cabecita de rizos frescos y suaves como la seda.

Indudablemente, los ojos del enfermo, mientras la mano ilusa, vacilante, simulaba sobre la rodilla la caricia, estaban cerrados, veían bajo los párpados la cabecita, y los párpados se hinchaban de lágrimas cálidas, que reventaban, por fin, sobre la cara que yo no veía. Pero, de pronto, la mano interrumpía la vaga caricia y desaparecía detrás del bastidor, después de haber levantado el borde de la sábana. Y poco después aquel borde era puesto en su lugar y bañado, no cabe duda, en un punto, por las lágrimas.

Ahora bien, esperad: sastre y padre de un niño. Luego veréis como la historia se complica un poco. Pero nada: no son siempre más que señales y actitudes de aquella mano.

\* \* \*

Una mañana desperté yo tarde de uno de los letargos profundos, de plomo, que suelen seguir a los fuertes accesos de aquel mal, que es quizás el más grave de tantos como sufro.

Al abrir los ojos, vi en torno a la cama de mi vecino mucha gente, hombres, señoras, quizás parientes. Primero pensé que se habría

muerto. Pero, no. Ninguno lloraba, nadie se lamentaba. Por el contrario, hablaban con el enfermo y entre sí festivamente, aun cuando en voz baja para no molestar a los otros enfermos.

No era día de visita. ¿Cómo y por qué, pues, había llegado toda aquella gente hasta el lecho del enfermo?

No oí, no quise oír sus palabras. Además la contemplación de ellos me lastimaba los ojos en el aturdimiento que me había dejado el prolongado letargo. Medio cerré los párpados.

El cuerpo de una vieja gorda, que me volvía la espalda cerca del bastidor, principalmente el suyo... sí, enorme, y su saya ahuecada, toda de espesos plieguecillos y de cuadritos rosa y negro, me atormentaba, me pesaba como un delirio intolerable. Me parecía que nunca llegaba el momento de que todos se fuesen. Entre los párpados medio cerrados me parece entrever la alta figura de un sacerdote; no le hice caso. Tal vez recaí, más bien, recaí de seguro por largo tiempo en mi letargo. Los cuadritos rosa y negro de aquella saya me tejieron como una red, como una reja de prisión con barras de fuego y barras de sombra, y las de fuego me quemaban los ojos. Cuando volví a abrirlos, alrededor del lecho de aquel enfermo no había ya nadie.

Busqué su mano... ¿Qué era aquello? ¿En

su dedo anular un anillo? Justo, un cintillo de oro: una *alianza*. ¡Ah!, pillín, maridito... ¡Las bodas! Aquella gente había venido para hacer que se casara.

—Pobre mano, tú, tan amarilla, tan descarnada, con aquel signo de cadena... ¿De amor? No. De muerte... Verdaderamente, sobre una cama de hospital no se desposa sino en previsión de la muerte.

En efecto; el mal era incurable. Sí, me lo había dicho la mano, demasiado amarilla, demasiado descarnada, demasiado insegura en el tacto, en los movimientos. ¡Con qué lenta tristeza hacía girar ahora con el pulgar aquel anillo demasiado ancho en torno del dedo que lo ostentaba!

Y, sin duda, los ojos miraban lejos, aunque fijos en aquel cintillo de oro tan cercano; y la mente acaso pensaba:

—Este anillito... ¿qué quiere decir? Estoy para desligarme de todo y me ha querido atar... ¿A quién me ata? ¿Por cuánto tiempo? Hoy me lo han puesto en el dedo; mañana quizás vendrán a quitármelo...

La mano se alzó y se tuvo firme delante de la cara. Más cerca quiso ser mirada con aquel cintillo de un día, que hubiera podido decir tantas cosas y que decía una sola, triste, muy triste...

Mas acaso después pensó que una cosa, sin embargo, sí, ataba aquel anillo: ataba el



nombre de él a la vida de su hijo. Había nacido el niño antes de las bodas, y aquel hijito no tenía nombre; ahora lo iba a tener. Le quitaba, pues, un remordimiento aquel anillo.

Volvió con el pulgar a acariciárselo; luego, la mano, rendida, cayó otra vez sobre el lecho.

A la mañana siguiente no la ví ya: la adiviné a penas en un pliegue de la sábana, extendida sobre todo el lecho para defenderle de esas moscas que huelen la muerte desde una legua.

LA SEÑORA FROLA Y EL SENOR  
PONZA, SU YERNO

BIBLIOTECA ALFONSIANA  
VIA S. ANTONIO 11